

2) “¿Quién es el hombre que quiere la vida?”

Planteando la pregunta de este modo: “¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?” (Pról. 15; Sal 33,13), Benito da al mismo tiempo su respuesta, una respuesta que es una definición del hombre, de la naturaleza del hombre. El hombre es la criatura “que quiere la vida y desea ver días felices”.

Pero esta respuesta es exactamente una respuesta que expresa un deseo. El hombre no es tanto la criatura que vive y es feliz. El hombre es la criatura que quiere la vida y desea ver días felices. El hombre es todo en su deseo de vida y de alegría, es un ser a realizarse, un ser que tiende a un fin que le supera, que no se encuentra en él, que no es él. Bajo la guía de los Padres de la Iglesia, Benito está convencido desde su propia experiencia que el hombre es hombre si tiende hacia la plenitud de su humanidad; que el hombre está vivo si desea la vida; que el hombre es feliz si desea la alegría.

Y es la misma humanidad del hombre la que produce este deseo, que reaviva constantemente esta sed de vida y de alegría. El deseo de vida y de alegría, el deseo de la vida bienaventurada está inscrito en nuestra humanidad. Si soñamos y buscamos ser criaturas que puedan poseer la vida y la alegría más allá, fuera o por encima de nuestra humanidad, de nuestra condición humana, el resultado sería que pasamos al lado de la vida bienaventurada.

Una de las características más importantes de la Regla es la de ayudarnos a trabajar realmente en nuestra humanidad, con nuestra humanidad como fuente de deseo de vida y de felicidad. El laboratorio de la *conversatio* benedictina, de la vida de conversión según san Benito, antes que el monasterio, es nuestra humanidad, nuestra condición humana al mismo tiempo universal y personal. Y si el monasterio es un laboratorio, lo es en la medida en la que allí se trabaja sobre la materia de nuestra condición y vocación humana.

En el fondo, es el método de Jesús, el que Él aplica a lo largo de todo el Evangelio. No se encuentra realmente a Jesús sin encontrar nuestra vocación humana, y a menudo Jesús debe remitir a sus interlocutores a su humanidad para que después puedan volver a Él verdaderamente disponibles, abiertos a la vida y a la alegría que Él ha venido a traernos. “Ve a buscar a tu marido y después vuelve”, le dice Jesús a la Samaritana (Jn 4,16). Ella ya había comenzado a hacer discursos espirituales. No, es inútil. Es más urgente que encuentre a Jesús llevándole a su condición humana, sin tentativa alguna de esconder su situación concreta, incluso desordenada. Ve a llamar a tu marido, llama a tu hombre, el hombre que está en ti, el ser humano que eres tú misma. Y verás que hay exigencias mucho más profundas y urgentes que tus cuestiones sobre los Judíos y los Samaritanos.

También todas las parábolas, si se las lee atentamente, reenvían a los interlocutores de Jesús a su humanidad, a su humanidad de tierra, a su corazón. Con frecuencia Jesús comienza sus parábolas diciendo: el Reino de Dios se parece a un hombre, a una mujer, que hace esto o aquello, como tantos hombres y mujeres que viven y mueren en esta tierra, como el hombre que somos nosotros. Nuestra humanidad es el campo donde quiere germinar la semilla del Reino, de la palabra del Evangelio. Por esto, en el fondo, Benito no hace otra cosa que ofrecernos un camino en el que toda nuestra humanidad, misteriosa y pobre, pueda emerger y ponerse

humildemente a disposición del Señor, que quiere fecundarla de su vida y de su alegría.

¿Quién es el hombre según san Benito? En el fondo, se debería comenzar diciendo que Benito no tiene su respuesta a tal pregunta. Para él, como para todos los que se plantean sinceramente esta pregunta, el hombre es un misterio para sí mismo, lo que significa que el hombre no puede definirse desde dentro los límites de su humanidad, de su inteligencia, de sus sentimientos y de las experiencias que vive. Como he subrayado, la constatación más realista es la de reconocer que el hombre es un ser del deseo, del deseo de la vida y de la felicidad, y esto nos lleva a la respuesta a la pregunta sobre el hombre más allá del hombre.

Este sentido del misterio del hombre, este sentido del hombre como un misterio para sí mismo, no está fuera de nuestra humanidad, sino que constituye su corazón. El hombre es hombre porque no resuelve por sí mismo el misterio de su existencia y no puede responder por sí solo a la pregunta que tiene dentro de sí: “¿Quién soy yo?”. El hecho de que esta pregunta esté dentro de él es ya un misterio. ¿Por qué un ser que existe tendría que plantearse la cuestión del porqué de su existir? ¿No puede contentarse con existir? ¿O, como máximo, contentarse con constatar que existe?

El problema es que el hombre no existe siempre. Nace y, sobre todo, muere, y esto complica notablemente las cosas. Pero la pregunta sobre el sentido de nuestra existencia no está dentro de nosotros solamente por el misterio de nuestro origen y de nuestro fin. Eso está siempre dentro de nosotros, nos acompaña siempre, en cada experiencia, en cada circunstancia de la vida. Nuestro corazón es una continua petición de sentido, se plantea incesantemente la cuestión del por qué de nuestra existencia. El misterio de nuestro origen y de nuestro fin no permanece recluido a los dos extremos de nuestra vida: nos penetra, penetra toda la vida, cada instante de nuestra existencia consciente.

San Benito no era un filósofo, y, en el fondo, ni siquiera un teólogo, pero era hombre, y un hombre que tenía un sentido muy fuerte y agudo de su humanidad y, por lo tanto, del misterio de su vida. De su Regla, como he subrayado ya, brota este sentido agudo de la humanidad. Es palpable en todos los detalles de la vida en el monasterio de la que nos habla. Pero se manifiesta incluso de un modo explícito allí donde san Benito recuerda a todos los monjes que el hombre es un misterio y debe ser tratado como tal.

Ahora bien, ¿qué significa tratar al hombre como un misterio? Quiere decir precisamente recordar que lo que explica al hombre, lo que le da un sentido, lo que le da su valor, es más grande que él mismo, es anterior a él, más allá de él, más alto y profundo que él. Y, sin embargo, *en él*: indisolublemente unido a su persona, a su humanidad.

La primera consecuencia de esta conciencia del misterio del hombre es el sentido de su dignidad, siempre más grande que aquello que es o no es, de lo que hace o no hace, de lo que tiene o no tiene. Es lo que expresa san Benito utilizando con frecuencia el verbo “honrar”. Aunque hayamos oído hablar a menudo sobre esto, siempre es bueno pensarlo de nuevo, de modo especial dentro de nuestro deseo de captar el sentido del hombre según san Benito.